

EL CANTANTE ENMASCARADO

Opereta en tres actos

Texto original de **Adolfo Torrado y Serafín Adame**
Música de **FERNANDO DÍAZ GILES**

Estrenada el 4 de septiembre de 1934 en el Teatro Nuevo, de Barcelona

ACTO PRIMERO

Plaza principal de Guben, pequeño pueblo alemán, en las primeras horas de una mañana de primavera.

Herrero 1.º Recio en el hierro hay que pegar
que le tiene que vencer tu afán.

Herrero 2.º Ha de ser tu voluntad
más fuerte que será el duro acero.

Todos Dale, dale con fe,
que has de poder más que puede él.

Una vieja Siempre están
cantando sin cesar.

Otra Poco podrán trabajar.

Herreros Herrero soy
contento estoy.
Poco podrán.
Ya brilla el sol.

Emilio, dueño de la herrería, dice a los mozos que preparen todo antes de que pase la silla de postas. Enrique, Burgomaestre del pueblo, le pregunta si tiene noticias de su sobrino Eugenio, mozo también de la herrería, pero que sus aficiones de poeta le traen trastornado. Aparece Ricardo, noble Conde que habita en Guben en su castillo señorial, último resto de pasadas grandezas; va a dar su paseo mañanero. Al hacer mutis, el Burgomaestre dice a Emilio su sospecha de que el Conde esté enamorado de Ana, que

sorprende la conversación, y dice que el Conde la trata con cariño nada más; ella sí que le quiere pero comprende que es irrealizable su amor. Se oyen los cascabeles de la silla de postas y atraviesan la escena varias aldeanas, a poco vuelven cada una con su carta; Teresa trae también su carta, pero como no sabe leer ruega a Ana que se la lea.

Ana Pues pon el oído atento
que dice así:
Dichosa esta carta
que llega a tus manos,
qué suerte la suya ha de ser
poderte decir mi querer;
verá tu carita, verá tus cabellos,
verá tus encantos de hermosa mujer,
tus ojos tan bellos.
¿Por qué no podré
por ella cambiar
mi ser dolorido?
Quisiera hasta ti
poderme acercar
tu boca a besar.
Apenas regrese
los dos nos casamos,
pues lejos de ti mi vivir
es sólo morir.
Mi adorada
no te olvido,
yo te quiero con todo mi amor;
eres siempre
mi cariño,
mi consuelo de dicha mejor.
Sólo tú serás
el bello sueño que me hará feliz;
no sabré jamás,
sin contemplar tus ojos, existir.
Para ti será
mi amor puro y sincero.
Mi adorada,
mi ilusión.
Conservo en la boca
sabor de tus labios,
del beso que al irme te di
en el que tu vida sorbí.

Y aún siento en mis manos
calor de las tuyas
que se entra en el fondo,
muy dentro de mi
mortal calentura.
Tu rostro gentil
no puedo olvidar
de noche ni día;
te veo al dormir
en loco soñar,
y así al despertar...
que lejos de Guben
me tiene la vida,
quisiera poder escapar
tu boca a besar.

Aparece Eugenio, sobrino del herrero, y Eugenio dice que ha estado en el bosque buscando inspiración para sus versos. Suena otra silla de postas, de la cual bajan personas señoriales, y entran Federico, director de una compañía de ópera que marcha a Berlín, y Clarisa, dama de carácter, muy romántica y estafalaria; han tenido una avería en el coche y Emilio ofrece sus servicios. A poco llega Enriqueta, tiple de la compañía de ópera, seguida de dos viejos y dos jóvenes admiradores que la siguen en el viaje.

Hombres	No te escapes, Enriqueta.
Enriqueta	¡Qué obsequiosos! ¡Qué aburridos!
Hombres	No presumas de coqueta.
Enriqueta	Si es que no puedo sufriros.
Viejos	Yo me gasto un fortunón para conseguir tu amor.
Jóvenes	Si no logro tu querer vas a hacerme enloquecer.
Enriqueta	¡Callaos ya, dejadme en paz! Yo quiero la vida vivir sin amor, encender la pasión al pasar y reír. Los hombres se mueren de amor por mi ser, pero yo no le voy a encender. Si prende en mi pecho la llama...

Ellos Prenderá.
Enriqueta Mi voluntad no la inflama.
Ellos Ama.
Enriqueta Yo sólo en la vida he de amar,
sin vacilar,
mi loca y feliz libertad.
Soy coqueta, así nací
y no quiero cambiar.
Soy coqueta, sufrís por mí;
soy la mujer que os hace suspirar.

Viejos Pero sabes que te quiero.
Enriqueta Muchas veces lo habéis dicho.
Jóvenes Por tu amor me desespero.
Enriqueta Sólo adoro a mi capricho.
Todos Me duele tu frivolidad de mujer,
aunque sé que jamás ha de ser
por maldad.

Enriqueta Alegre deseo vivir sin pensar
si es que a mí me podrán censurar.

Ellos Quisiera que fueses constante.
Enriqueta Yo, jamás.
Ellos Entre mis brazos de amante.
Enriqueta ¡Nunca!
Ellos Si llegas a ser mi mujer,
habrás de ver...

Enriqueta ¡Qué gorda me voy a poner!
Soy coqueta, así nací.
Ellos Pero puedes cambiar.
Enriqueta Soy coqueta, sufrís por mí;
soy la mujer que os hace suspirar.

Ellos Es la mujer que me hace suspirar.
Enriqueta Soy la mujer que os hace suspirar.

Enriqueta se entera de que en aquel pueblo habita el Conde de Herbun y le recuerda como un antiguo amante suyo en Berlín, gran cantante, si bien nunca quiso cultivar su voz. Ana considera de mal resultado para su amor esta visita y teme el momento del reconocimiento de ambos. Ricardo aparece y, después de las presentaciones, le ruegan que cante su canción favorita.

Ricardo Un ruiseñor vivía
en alegre libertad
gozando la ventura
de su vivir
en dulce paz,
y en las noches de primavera
daba al aire feliz cantar.
Cantaba,
cantaba a la luna
su loca fortuna
de ser ruiseñor,
del mundo señor
sin pena ninguna;
cantaba las glorias,
las bellas historias
de noches de amor.
Cantaba,
su alegre trinar
hacía soñar,
pues son las canciones
las que hacen brotar ilusiones
bellas,
muy dentro de los corazones
ellas;
que el dulce recuerdo que siempre
nos queda de ayer,
o es una canción
o es una mujer.

Terminado el número todos le dicen que podría rehacer su fortuna con su voz y el empresario le ofrece un puesto en su compañía que Ricardo rehúsa, mirando a Ana que sufre, y acompaña a todos a visitar su castillo. A poco vuelve Clarisa, que tiene una escena con Eugenio, al que ofrece llevar a Berlín donde piensa triunfar como poeta. Llegan varias mozas y tienen con Eugenio el siguiente número:

Eugenio Cuando pise los salones,
al verme pasar
gentil, audaz,
me mirarán
absortos todos;

de mi tipo y gracia
han de creerme de la aristocracia.
Las mujeres en secreto
de fijo dirán:
quién es, mirad,
¡oh! sí, es genial.

Ellas Cuando en Berlín le miren un momento
no dudarán que es un esperpento.

Eugenio Sensación he de causar.

Ellas De seguro dirán todos:
¿cuántas nueces puedes dar?

Eugenio ¡Qué sorpresas en Berlín voy a causar!

Ellas A ninguna que se fije
la podrías engañar.

Eugenio Y al que me haya presentado
todos intrigados
le preguntarán:
“¿Quién es ese señor tan elegantón?”
“¡El mejor poeta de la nación!”
El mejor poeta. Ese seré yo.

Ellas Cuando pise los salones
al verle pasar
gentil, audaz,
le mirarán.

Eugenio Al recibir vosotras mis noticias
vais a sufrir algunas de ictericia.
Allí voy a triunfar.
¡Cuántas hembras en mis brazos
sus caricias me han de dar!

Ellas Te lo vas a creer.
En Berlín ha de reírse de tu amor cualquier mujer.

Eugenio Con versos de mi mente
a todos he de conmové.

Ellas De ti se han de reír.

Eugenio A los genios los comprenden las señoras de Berlín.

Ellas Has de volver a pie.

Eugenio En un coche de caballos
a la aldea volveré.

Ellas Únicamente un burro
en ese coche se ha de ver.

Vuelven de la visita del castillo, durante la cual han convencido a Ricardo para que marche a Berlín; también Clarisa convence a Federico para que lleve al poeta; el Conde solicita unos momentos para despedirse de Ana.

Ricardo ¿Cómo puedes temer que te olvide?
Ana Si te marchas, ¿quién lo ha de evitar?
Ricardo Tu cariño, que en mí siempre vive
y nunca en la vida podré yo olvidar.
No merezco que dudes de mí.
Ana Es que me causa miedo pensar que me dejes.
Ricardo De mi pecho nunca más te marcharás.
Ana Bien veo que no sientes el mismo tormento.
Ricardo Sólo siento que en mí no confíes
tu pesar; nada más, eso siento.
Ana Es que pienso que al fin te me irás
y no volverás.
Ricardo Chiquilla, ten calma;
muy pronto me verás volver.
Ana Sé lo que ha de ser
y me lo dice mi alma:
no te he de ver.
Ricardo ¡Ana!
Escucha por quién voy a la lucha.
Es por ti por quien pronto a ser famoso voy,
por tu amor solamente he de vencer;
quiero ya ser un día más de lo que soy
y a tus pies fama y nombre he de poner,
pues ellos serán tuyos.
Al pensar en tu boca fresca de rubí
nuevo afán para el triunfo he de poner.
Y al final a tu lado amante he de volver,
porque lo que yo haré es sólo por ti.
Ana Ricardo, por mí no hagas tal cosa;
yo aquí, a tu lado, vivir así prefiero.
¡Ricardo mío! La vida es azarosa
y sin tu amor me muero.
Si marchas, ¡quién sabe qué sucede!;
ser tan dichosa espero
como ninguna puede,
pues bien sé, si te vas,
Ricardo,
que ya no volverás.

Ricardo Aleja tristezas.

Ana Me llora el corazón.

Ricardo He de volver triunfador.

Ana Yo quiero que triunfes
tan sólo en mi amor.
Deja esa loca ambición.

Ricardo Pronto me verás vencedor.

Los dos Para ser dichosos
no nos falta más que en nuestros ojos
ver el cielo brillar;
no pido más. ¡No!

Ricardo Ana adorada,
en ti cifré mi alegría
y desearía
verte en un trono sentada.

Ana Ricardo mío,
sólo tus besos ansío.

Los dos Mi juramento,
tu juramento.

Ana Es por ti por quien a sufrir tormento voy,
pues si te marchas, yo con mi amor no te puedo
[contener.

Si has de marcharte ya, Ricardo,
por tu amor solamente he de vencer.
No podré ser un día más de lo que soy,
ni a mis pies fama y nombre has de poner,
pues ellos serán tuyos.

Ricardo Es por ti por quien pronto a ser famoso voy,
por tu amor solamente he de vencer;
quiero ser un día más de lo que soy,
y a tus pies fama y nombre he de poner,
pues ellos serán tuyos.
Al pensar en tu fresca boca de rubí
nuevo afán para el triunfo he de tener.
Y al final, a tu lado amante he de volver
porque mi triunfo he de ofrecerte sólo a ti.

Ana Y al final, a mi lado amante ha de volver
porque su triunfo ha de brindarme sólo a mi.

Los dos Mi amor.

Ricardo Enjuga tu llanto,
acércate a mí.

Los dos Unidos los dos.
¡Así!

Ana se oculta, llorando, en casa del herrero y Enrique da prisa a Ricardo para que vaya con ellos pues el coche, ya arreglado, va a partir. Ricardo duda aún, vacila, pero al fin marcha. Se oye la canción favorita del Conde, dentro; es Ana, que recuerda su dicha rota en unos momentos y, al salir a escena y ver que se ha marchado Ricardo, se le trunca la voz en un sollozo y cae llorando sobre el poyo de la puerta. Emilio acude en su ayuda mientras ella señala por donde se aleja el carruaje.

Emilio Sí, que se fue... amarga hiel
 para tu alma enamorada.
 Mas si no vuelve el doncel,
 si a su palabra no es fiel,
 no estés apesadumbrada:
 tú no habrás perdido nada.
 ¡Quien habrá perdido es él!

ACTO SEGUNDO

Un salón elegante en el domicilio de Enriqueta, en Berlín. Clarisa lee un libro. Entra Enriqueta vestida de amazona, está satisfecha de haber recuperado el amor del Conde; en cambio, Clarisa se lamenta del desvío de Eugenio, el poeta de Guben, que cada día huye de ella.

Ricardo Vuestros abanicos dadme,
 que los voy a firmar.
Enriqueta Todas llevaréis escrito
 el nombre del cantante.
Todas Aquí están los abanicos,
 que la firma al tener,
 un valor que no podrán soñar
 de seguro que van a obtener.
Enriqueta Esperad a que lo escriba
 para luego agradecerle.
Ricardo El firmar los abanicos
 para mí es un gran honor.
Todas Ya concluyó de firmar:
 hay que saber esperar.
Ricardo Ya está, y perdonad
 si os pude impacientar.

Será vuestro abanico
el que, al volar,
el nombre del artista
al aire de la fama habrá de dar
después de acariciar un rostro seductor.
Mirando vuestra boca sonreír
no hay firma que resista
y pienso que de vos ha de sentir
más celos el amor.
Si no cerráis los ojos
matáis al sol de enojos,
y vos, señora mía,
robasteis su esplendor.
Feliz es este día
que colma mi alegría,
pues en los abanicos
alas de mujer
mi nombre ha de poner.

Todas El abanico, por siempre ya,
la voz nos hace oír
del gran cantante que lo da.
Con dulces sonos ha de decir
lo que ninguna oirá,
pues son romanzas sin palabras.

Ricardo Un abanico me queda
de una mujer sin igual
a la que vi cierto día,
y el alma yo le di
al punto que la vi.
Un abanico me queda
en que firmé
que yo soy para ti,
que tú serás mi fe.

Enriqueta Al escuchar lo que dices
parece que revive
aquel galán de ayer.
El corazón de amor late
pensando que está cerca
el dueño de mi ser.

Todas El fuego de pasión se puede dominar;
guardar el corazón.

Enriqueta y Ricardo El abanico va a los rostros a besar;
feliz su dueña habrá de ser.

Ricardo Mirando vuestros ojos
se calman mis enojos
y vuelve la alegría
al puesto del amor.

Todas Feliz es este día
que colma mi alegría,
pues en los abanicos...

Enriqueta y Ricardo Alas de mujer...

Enriqueta Mi nombre ha de poner.

Ricardo Su nombre ha de poner.

Enriqueta Con qué emoción
he de poner sobre mi pecho
lo que firmó y nunca olvidaré
al contemplar su nombre, que recordaría
por siempre yo.

Ricardo Con qué emoción
ha de poner sobre su pecho
lo que firmé y nunca olvidará
al contemplar mi nombre, que recordaría
la gentileza del cantante.

Enriqueta En mi abanico se queda
una emoción sin igual.

Ricardo Un abanico me queda
en que leeré...

Enriqueta Que yo soy para ti.

Ricardo Que tú serás mi fe.

Quedan solos Ricardo y Enriqueta, la cual le habla de Ana, y al notar que Ricardo no la ha olvidado, se muestra celosa en una escena que corta Eugenio; entrando en traje de montar también, reniega de aquel traje tan incómodo, del trote de los caballos, y de su salida de Guben. Al quedar solo, llega Clarisa, la cual le reconviene su desvío.

Clarisa Yo siento que te alejas
de mí constantemente.

Eugenio No hay en todas las viejas
mayor impertinente.

Clarisa Yo siento que tu olvido
me parte el corazón.

Eugenio Y yo de no haber podido
partirte el esternón.

Clarisa Porque no quieres darle
a mi pasión recuerdos.

Eugenio Porque eso es como echarle
margaritas a los cerdos.

Clarisa Con tanta desventura
el alma se me va.

Eugenio En cambio a mí me parece
no se te haya ido ya.

Clarisa Sueño de ilusión
que yo sentí
pensando siempre sólo en ti.
Sueño de ilusión
que sin remedio lo perdí.

Eugenio Ganas de soñar
sin comprender
que no pareces ya mujer.
Hay que soportar mucha pamplina
cual la de esa indiana...
¡Voy a matar, es fatal,
a este carcamal!

Los dos Sueño de ilusión:
no cabe ya remedio a mi pasión.

Clarisa Soñaba, al verte cerca,
que tú me alegrarías.

Eugenio Porque te pones terca
diciendo tonterías.

Clarisa Quisiera tu mirada
tener clavada en mí.

Eugenio Si es que no estás chiflada
te falta tanto así.

Clarisa Las hembras ideales
vivimos de ilusiones.

Eugenio Como haya dos iguales
pobrecitos varones.

Clarisa No sabes que en mi cara
se pinta la pasión.

Eugenio Yo sé que estás más rara
que el gallo de Morón.

Clarisa Sueño de ilusión que habrá de ser
mi vida entera de mujer.

Eugenio Es una desdicha mi conquista,
no hay quien la resista;
voy a matar, es fatal,
a este carcamal.

Federico tiene una conversación con Enriqueta; le dice que no quiere que debute el Conde. Federico, asombrado, le pregunta la causa y le plantea el dilema: el Conde o ella. Poco después llega Eugenio y hace señas por la ventana con un pañuelo para que suban Emilio y Ana, que esperan en el jardín. Ana, temerosa del encuentro con el Conde, quiere volverse al pueblo, pero Eugenio les hace ocultarse en una habitación hasta el momento propicio. Llega Ricardo un poco mareado, pues Enriqueta le ha hecho beber, y en compañía de todos los invitados canta un brindis, al final del cual da un beso a Enriqueta.

Ricardo La vida entera la brindamos
a una mujer.
Y tras sus labios siempre vamos
para beber.
Su cariño nos emborracha,
su cariño es licor seductor,
es la boca de una muchacha
una copa como no la hay mejor.
Y en ella la vida pretende engañarnos
con una mentida promesa de amor
para ilusionarnos
con una pasión fingida.
Brindando a los hombres va
quimeras del porvenir,
que nadie nunca conseguirá
pues son mentiras que hacen reír.
¡Ja, ja, ja, ja!...
Brindando la copa alzado.
Riendo y cantando
nuestro pecho va
gastando del corazón
la pura emoción.
Brindando placeres
y bellas mujeres
la vida engañó.
Hay en el vaso alguna gota
que sabe a hiel,
mas sin embargo no la nota
quien bebe en él.
Con las otras va mezcladas
que no es fácil encontrar su sabor
y esas gotas acibaradas
dan al vino un encanto mayor.

Que toda bebida
será más sabrosa
si lleva escondida
en ella amargor.
Por eso la vida
presume de caprichosa.
Brindando la copa alzado..., etc.

Ana no puede contenerse: sale de su escondite, se enfrenta con Enriqueta y ésta la arroja de su casa; sale en su defensa el Conde y Enriqueta la llama, despreciativamente, aldeana. En unos bellísimos versos Ana explica su orgullo de ser aldeana, haciéndole el regalo del amor del Conde, a quien desprecia.

ACTO TERCERO

Interior del camerino de Ricardo en el día de su debut. Está prohibido por Enriqueta el paso de mujeres al escenario, y Ana, disfrazada de hombre, llega con Eugenio y Emilio a la habitación contigua a la del camerino del artista; quiere estar cerca de él en el momento del debut y Eugenio la lleva para acomodarla entre bastidores. Entran Ricardo, Enriqueta y Eugenio, que se lamenta de que ha perdido la inspiración y tiene que hacer un madrigal aquella misma noche o al día siguiente le facturarán a su pueblo. Ricardo le dice que no se apure pues él mismo se lo dictará.

Ricardo En un ramo de frescas flores
una ofrenda te di de amores,
porque en tu cara él envidiara
la perfección.
Rosas tenues de tus mejillas;
azuladas las campanillas,
como tus ojos;
claveles rojos labios son;
jazmín de tu carne transparente;
azahar como tu alma virginal;
alelí blanco como tu frente.
Ramo de flores perfumadas
cuya belleza se marchita
mientras las de mi amada
eternas han de ser.

Cuando tus ojos van cayendo
han de sentirse satisfechos
a recordar muriendo
el día aquel
en que el ramo fue
rostro de mujer.

Ricardo se adormita en un sofá. Llega Federico y vuelve a insistir rogando a Enriqueta que deje cantar al Conde, pero ella se niega. Ricardo, en sueños, escucha las notas con que preludia la orquesta su canción, se levanta y, rápidamente, trata de salir de su camerino.

FIN